



Lafcadio Hearn

津輕郡

船以港廣可貯糧食及只地皆在土使... 長崎

濱市津吉原町極強受計  
津輕郡津輕代長崎

Japón

Un intento de interpretación



Lafcadio Hearn ofrece su visión más íntima y personal del Japón tradicional, un Japón que conoció de primera mano y por el que quedó hondamente impresionado. A través de sus páginas, Hearn sumerge al lector en un mundo repleto de sutiles matices y de utópica belleza; un mundo que le sedujo y al que consideró un paraíso moral, una verdadera Arcadia. Fascinado por la idiosincrasia japonesa, Hearn desgrana con precisión la naturaleza social y moral de un pueblo al que admiró y amó, convirtiéndose en privilegiado intérprete entre Japón y Occidente, y desvela los lugares más recónditos del alma japonesa.

Escrito en 1904, *Japón, un intento de interpretación*, posee hoy día, a principios del siglo XXI, una validez sorprendente, pues la esencia del pueblo japonés está tan profundamente arraigada que permanece a pesar de los siglos y los avances tecnológicos. Conocer esa esencia indeleble ayuda a comprender el devenir de la peculiar historia nipona y de los cambios sociales que se han ido produciendo. Con su habitual estilo sencillo y directo, Hearn nos da las claves para comprender una mentalidad tan opuesta a la nuestra como es la japonesa.

Lafcadio Hearn llegó a Japón en una mañana de primavera del año 1890. Desde aquel preciso instante, el país exótico y misterioso que se presentaba ante él cautivó su hasta entonces desarraigado espíritu. El escritor y periodista que se sentía extranjero en todas partes se vio por fin capaz de formar un hogar, algo que nunca había tenido. Adoptaría un nuevo nombre, Koizumi Yakumo (小泉八雲), y se convertiría en uno de los más insignes y respetados analistas de la cultura japonesa.

Esta obra, concluida pocos meses antes de su fallecimiento, es un ensayo en el que el autor intenta interpretar diversos aspectos culturales de ese país que comenzaba a mostrarse ante el resto del mundo, durante aquellas décadas de finales del siglo XIX y primeros años del XX. Una obra escrita con maestría, de rápida lectura y profunda a un mismo tiempo, por la notable carga emocional que el autor supo imprimir en sus líneas. Sin duda una excelente manera de acercarse a Japón... y de sentirlo.

## Índice de contenido

Cubierta

Japón

Prólogo

Japón. Un intento de interpretación

Dificultades

Singularidad y encanto

El culto antiguo

La religión del hogar

La familia japonesa

El culto de la comunidad

Desarrollo del sintoísmo

Culto y purificación

El reino de los muertos

La introducción del budismo

El budismo superior

La organización social

El surgimiento del poder militar

La religión de la lealtad

La amenaza jesuita

La integración feudal

El renacimiento sintoísta

Supervivientes

Restricciones modernas

La educación oficial

El peligro industrial

Conclusiones

Apéndice

Notas bibliográficas

Sobre el autor

Notas

## Prólogo

La obra de Lafcadio Hearn ha sido leída, analizada y apreciada en innumerables ocasiones, y lo cierto es que aún se le sigue considerando como el mejor intérprete entre el mundo tradicional japonés y Occidente. ¿Cuáles pueden ser los factores que influyen en tan positiva valoración? La sensibilidad con la que escribió acerca de las costumbres y de los viejos cuentos populares, su capacidad para percibir los diferentes matices de un pueblo tan distinto a lo que había conocido, así como el hecho de acabar aceptando a Japón como su nueva y última patria, al final de un largo camino de desarraigo, bien podrían ser los elementos fundamentales, los factores que explican dicha valoración. Lafcadio Hearn se considera de este modo como el extranjero que mejor ha entendido la cultura tradicional japonesa.

Pero para comprender la obra de Hearn en toda su profundidad, se hace necesario el conocer la trayectoria vital del autor. Sus orígenes, su infancia, sus diferentes trabajos y los lugares dónde los desempeñó, su búsqueda de un lugar en el que poder establecer un hogar, lejos de sus demonios personales, resultan un camino apasionante de recorrer para aquel que quiera conocer más sobre la vida de este escritor. Vida comparable, por otro lado, a las de algunos de sus colegas de aquellas características décadas de finales del siglo XIX y principios del XX, los años de una férrea y encorsetada moral burguesa, del positivismo científico y del colonialismo. Nombres como Robert Louis Stevenson (1850-1894), con su vinculación a los mares del sur; el explorador Richard Francis Burton (1821-1890) y sus ansias por conocer otros mundos y culturas; Herbert George Wells (1866-1946), preocupado por la realidad social que lo rodeaba, opuesto al imperialismo y a la rígida sociedad victo-

riana; Joseph Conrad (1857-1924), cuyos viajes a través de los mares inspiraron sus obras y que denunció los abusos del colonialismo en África; Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) y sus críticas al cientificismo y al mecanizado mundo moderno de aquel periodo, frente a las virtudes de épocas pasadas; o el atormentado Edgar Allan Poe (1809-1849), son solo algunos ejemplos de los diferentes autores que surgieron en esta época, viajeros y curiosos exploradores de otras realidades algunos de ellos, y dotados en mayor o menor medida de un cierto tono de inconformismo frente a muchas de las convenciones de su tiempo. Buena parte de las características que podemos observar en estos escritores, las encontramos en Lafcadio Hearn, un hombre abandonado por su familia y desubicado en casi todas partes, ya que nunca se había sentido integrado en la sociedad que lo había visto evolucionar personal y profesionalmente. Pero demos un breve paseo por su interesante biografía, para ver dichas similitudes con aquellos escritores y las posibles razones de su soledad.

Patricio Lafcadio Hearn nace en la isla griega de Leucada, una mañana del 27 de junio del año 1850. Su padre, Charles Hearn, era un cirujano irlandés del ejército británico de ocupación del que por entonces era el protectorado de las Islas Jónicas. Su madre, una hermosa joven griega de la isla de Citera, se llamaba Rosa Antonia Kassimati. Ambos se conocieron en Leucada, tras lo cual contrajeron matrimonio y tuvieron a su hijo, que llevaría el nombre de la isla que lo vio nacer. Destinado pocos meses después su padre a las Indias Occidentales, enviaría a su mujer y a su pequeño vástago a Irlanda, para que su familia se encargase de cuidarlos en su ausencia. Pero la convivencia no resultó sencilla para una extranjera y su hijo, sin apenas conocimiento del idioma y con una religión y cultura distinta a la de las dos mujeres mayores que debían encargarse de su cuidado, la madre de Charles Hearn y una tía soltera. El regreso de su marido no alivió la situación de Rosa, sino que la

complicó aún más, ya que la relación del matrimonio comenzó a deteriorarse considerablemente. La separación acabó por producirse y la madre de Lafcadio regresó a su país, dejando a su hijo con la única mujer que había sido benevolente con ella, Sarah Brenane, otra tía de Charles que se había convertido al catolicismo por influencia de su marido, ya fallecido por aquel entonces. Por su parte, el propio Charles se casaría de nuevo con una joven viuda, Alicia Crawford, y se marcharía con ella y sus dos hijas a su nuevo destino, la India. Con tan solo seis años, el pequeño Lafcadio había sido abandonado por sus padres.

Su tía-abuela Sarah era una mujer extremadamente religiosa y desde bien temprano comienza a educar a Lafcadio en el temor a Dios. El niño, abandonado por sus progenitores y criado en un ambiente opresivo, desarrolla un fuerte miedo a la oscuridad y empieza a imaginar fantasmas y trastos a su alrededor, criaturas que ya siendo adulto reflejaría en muchas de sus historias. Por otro lado, los libros de la biblioteca se convertirán en su refugio, sintiéndose fascinado por las imágenes de los mitos griegos. Dioses, sirenas, dríadas, faunos, centauros, musas... criaturas fantásticas que se opondrán a las imágenes de la religión cristiana, a la que cada vez rechazaría más.

Aparece por aquellos años en sus vidas Henry Molineux, un joven pariente de su tía-abuela, cuyos intereses en la fortuna de la mujer chocan con la presencia del por entonces niño Lafcadio. Este último será enviado con trece años a estudiar a la prestigiosa Escuela Católica de Saint Cuthbert, Ushaw, situada al oeste de Durham, en Inglaterra. Allí desarrollaría aún más su gusto por la lectura y por las historias fantásticas, aspecto que definirá buena parte de su obra. En este internado, contando con dieciséis años de edad, perdería en un accidente la visión del ojo izquierdo. Ese mismo año su padre, que regresaba de la India con su nueva familia, moriría durante el trayecto por efecto de unas fiebres. Posteriormente su tía-abuela lo enviaría a un



internado en Francia, donde permanecería dos años más. Tras esta maniobra estaba Henry Molineux y su esposa Agnes, que pretendían mantener lejos de la anciana mujer a su sobrino-nieto. Aunque diplomático en sus cartas y en su comportamiento, a Lafcadio no se le escapaban las intenciones de aquel tío lejano que poco a poco lo estaba separando de la que era su única familia. Y acabaría por conseguirlo. En 1868 los negocios de Molineux, en los que este había invertido buena parte de la fortuna de la tía Sarah, cayeron en bancarrota y Lafcadio tuvo que dejar sus estudios. Es entonces cuando le llega una carta de Molineux en la que le sugiere que viaje a los Estados Unidos, concretamente a Cincinnati, Ohio, y que allí se acoja a la protección de un cuñado suyo. Sin apenas equipaje y recursos, Lafcadio parte hacia una nueva vida.

Sin embargo, la llegada a Norteamérica no fue en absoluto sencilla. La ayuda prometida se redujo a un puñado de dólares y una total indiferencia, y el joven irlandés, ciego de un ojo, delgado por el hambre y sin apenas equipaje, tuvo que malvivir en las calles, realizando un buen número de trabajos que apenas le permitían subsistir. Fueron años duros, llenos de necesidades.

Es entonces cuando conoce al que será uno de sus mejores amigos, Henry Watkin, un inglés asentado en Cincinnati dueño de una imprenta en la que emplearía al joven Lafcadio. Hombre comprometido con la causa del Socialismo Utópico, Watkin era un buen conocedor de las obras de autores cooperativistas como Robert Owen o Charles Fourier, además de las obras de filósofos como Hegel o Kant. Con él compartiría horas y horas de charlas en las que, además de estos temas, hablarían de las fantásticas historias de Edgar Allan Poe. Durante estos años, Lafcadio desarrollaría plenamente su vocación de escritor, comenzando a desempeñar trabajos como periodista con modestas publicaciones que poco a poco le irían dando cierto prestigio. Finalmente, conseguiría emplearse como reportero del *Cincin-*

*nati Daily Enquirer*, donde trabajaría durante tres años, merced a su sobresaliente capacidad para la escritura. En dicha publicación contaría con cierta libertad creativa, lo que le permitiría elaborar artículos de considerable valía que le otorgarían fama como uno de los mejores redactores del periódico. También durante estos años trabajó en diversas traducciones y relatos con tintes románticos y oscuros, además de proseguir su formación a través de la lectura de las múltiples obras que caían en sus manos y una atenta observación del entorno que lo rodeaba, mostrando una especial predilección por temas relacionados con las costumbres raciales y el folclore de los diferentes grupos sociales que podía encontrar en las calles de Cincinnati. Es en este periodo de su vida cuando conoce a una hermosa mulata llamada Alethea Foley, con quien Lafcadio se casará, a pesar del rechazo social a este tipo de uniones, el 14 de junio de 1874. Sin embargo, la pareja no acabó por entenderse y la relación duró tan solo tres años, al término de los cuales se separaron. Este matrimonio supuso también la pérdida de su trabajo en el *Cincinnati Daily Enquirer*, si bien pocos días después ingresaría en la plantilla de reporteros de la competencia, el *Cincinnati Commercial*.

En el otoño de 1877 Lafcadio abandona Ohio para establecerse en Nueva Orleans. Tras unos primeros trabajos para el *Comercial* y para otro periódico, el *Daily City Item*, acabaría escribiendo durante casi una década para el *Times-Democrat*, residiendo en aquella ciudad que acabó por fascinar al autor. La belleza tropical de sus calles y su ambiente cosmopolita, lleno de influencias de otras razas y culturas, despertaron sus emociones e inspiraron una serie de obras de muy variadas naturalezas. Destacarán sus escritos sobre la cultura criolla, en especial los que tratan sobre la cocina o el enigmático *vudú*. Es durante este periodo cuando publicará varias obras que le otorgarán cierta fama como escritor. Sus artículos acerca de aspectos de Nueva Orleans para medios nacionales como el *Harper's Weekly*

aportaron una original y exótica visión de la ciudad al resto del país, hecho que aún hoy es recordado y estudiado. Sin duda, Lafcadio Hearn es uno de los autores más representativos de todos los que han escrito sobre Nueva Orleans y su particular entramado cultural.

En 1887 viaja a las Antillas como corresponsal de la *Harper's Magazine*. Durante dos años permanece en el Caribe, continuando con su labor creativa. Pero pronto se cansaría del clima tropical y acabaría regresando a los Estados Unidos, concretamente a Nueva York, donde residirá durante los siguientes seis meses, al término de los cuales acabaría aceptando una oferta de trabajo que supondría un hito en su azarosa vida. La *Harper's Magazine* le ofrecía viajar como su corresponsal a Japón, junto a uno de sus ilustradores, para realizar diversos escritos sobre el lejano y exótico país oriental.

El 4 de abril de 1890, Lafcadio Hearn llegaba al puerto de Yokohama en el buque *Abyssinia*. El escritor quedó fascinado ante la visión de lo que pronto consideró un paraíso ajeno al constante fluir del tiempo; un lugar imbuido de magia y dotado de una fabulosa belleza, que se mostraba en todo su esplendor en aquellos meses de primavera, la época de la floración de los cerezos. Sin embargo, pronto se quedaría sin trabajo, ya que su relación con el redactor jefe de la *Harper's Magazine*, Henry Alden, no era buena, lo que motivó su ruptura con la publicación ante las primeras exigencias de este. Se ocasionó así una situación que por desgracia Lafcadio conocía muy bien. Se encontraba de nuevo en un lugar desconocido, solo y sin apenas dinero, demasiado lejos de los Estados Unidos o Europa como para pensar en el regreso a corto plazo. Es entonces cuando acude al profesor de la Universidad Imperial de Tokio Basil Hall Chamberlain, un reconocido analista de la cultura japonesa para el que tenía una carta de recomendación. Gracias a la intercesión de este último, Lafcadio conseguirá un puesto como profesor de inglés en la modesta población

de Matsue, situada en la costa oeste de Japón, en la prefectura de Shimane. Poco después se casaría con Koizumi Setsu, una joven de una familia samurái local venida a menos tras la caída del régimen feudal que hasta entonces había imperado bajo la sombra del Shogunato. Lo que en principio se originó como una relación de intereses, ya que se trataba de un matrimonio de conveniencia generado por las carencias económicas de la familia de ella y la necesidad de compañía y orden sentimental de él, acabó por ser la relación que concedería a Lafcadio la verdadera calidez de un hogar y una familia, ya que Koizumi Setsu llegaría a darle tres hijos varones y una niña. Poco después acabaría adoptando la nacionalidad japonesa y, con ella, el nombre por el que será más conocido en Japón, Koizumi Yakumo (小泉八雲). Quince meses después, corriendo ya el año 1891, consigue una plaza como profesor en la Escuela de Enseñanza Media de Kumamoto, en Kyushu. Allí permanecería durante los siguientes tres años, dedicado al desarrollo de su profesión, a su vida familiar y a su pasión, la escritura. En octubre del año 1894 recibió una oferta de trabajo del periódico editado en inglés *Kobe Chronicle*, oferta que aceptaría y que significaría su regreso al periodismo. Sin embargo, sus problemas de visión se agravarían considerablemente. El esfuerzo al que sometía a su único ojo, afectado de miopía, era excesivo. Poco a poco fue reduciendo el número de artículos para el *Kobe Chronicle* hasta tener que dejar el trabajo. También por aquel entonces se le detectaron ciertos problemas cardíacos a los que Lafcadio no prestó especial interés; su principal preocupación en materia de salud sería su visión, un instrumento que consideraba imprescindible en su labor literaria. En 1896, y gracias a su amistad con Basil Hall Chamberlain y algunos miembros del Ministerio de Educación, obtendría una plaza como profesor de literatura inglesa en la Universidad Imperial de Tokio, puesto que conservaría hasta su dimisión en 1903. La renuncia se produciría debido a una disminución del sueldo que no consi-

deraba justa. Nacionalizado japonés, sus ingresos pasaban a ser menores, por lo que su calidad de vida se resentía notablemente. Con una salud cada vez más débil, las intenciones de Lafcadio iban dirigidas a apurar en la medida de lo posible su aguante, para poder dejar suficientes recursos a su familia una vez ya no pudiese continuar su labor como profesor y escritor. Sin embargo, su oposición a la decisión de sus superiores no obtendría respuesta favorable y abandonó la universidad. Durante aquellos años de tránsito entre el siglo XIX y el XX, Japón había avanzado a pasos gigantados en la modernidad industrial. Las reformas en materias sociales, económicas y militares, habían permitido una clara victoria sobre China en 1895 y el nacimiento de un nacionalismo cada vez más beligerante, que acabaría conduciendo a un nuevo conflicto contra Rusia, iniciado en febrero de 1904. Todos aquellos acontecimientos generaron un considerable pesimismo en su percepción de lo que hasta entonces consideraba como un paraíso inalterado.

En julio de aquel mismo año de 1904 viajaría al pueblo costero de Yaizu, su lugar habitual de veraneo desde hacía siete años. Con su salud cada vez más resentida, allí acabaría sus días, víctima de un infarto. Era el atardecer del 19 de septiembre. El atardecer de un día que puso el punto y final a una vida marcada por la soledad y el desarraigo. Sus últimos años fueron agrídulces, rodeado de una familia que en periodos de su vida anteriores hubiera dudado en poder tener, pero al mismo tiempo viendo como aquella tierra que para él se presentó como un paraíso, se iba poco a poco transformando al calor de los avances de la modernidad. Parecía que el mundo del que tantas veces había huido no cejaba en perseguirlo.

La obra que el lector tiene entre las manos corresponde a este periodo final. Acabó de escribirla poco antes de partir hacia Yaizu, en aquel último verano caluroso y húmedo. Es una interpretación socio-religiosa que abordó con la humildad del observador extranjero. Muchos acusaron y acu-

san a Hearn de promover una imagen de Japón basada en los tópicos del exotismo y de cimentar ciertas ideas nacionalistas. Su visión del sintoísmo ha sido tachada de fantástica, achacándole poco criterio a la hora de abordar el estudio de una religión que estaba sometida a profundos cambios en el periodo Meiji que Hearn conoció. El sentimiento religioso del pueblo estaba siendo remozado por una ideología política reformista que buscaba un nacionalismo imperialista que fortaleciera el nuevo sistema surgido de las cenizas del feudalismo. Y para estos críticos, el idealismo de Hearn no le permitió verlo. El tema es ciertamente complejo, ya que si bien es cierto que durante el periodo de la Revolución Meiji la religión sufrió notables reformas, también lo es el que muchos consideran que se asistió entonces a una restauración de varios de sus elementos tradicionales. No es de extrañar que este tema sea el punto de partida de los debates respecto a esta obra, ya que Lafcadio Hearn aborda el estudio del pueblo japonés a través de sus creencias y del origen de sus cultos y rituales. Sitúa a la religión en el centro de la vida social y económica, siguiendo a este respecto al historiador francés del XIX, Fustel de Coulanges. Este último defenderá en su obra más reconocida, *La Ciudad Antigua*, el surgimiento de las sociedades primitivas al calor de la organización familiar, constituyéndose esta última a partir de la religión. Suele suceder que el paso del tiempo sobre determinadas obras de análisis cambia la percepción que se tiene de ellas. El constante fluir de la vida acaba por dejar obsoletas las reflexiones de autores que en su día estaban de plena actualidad. Tal sucede con muchos de los autores que son referencia para Lafcadio Hearn en este libro, como Herbert Spencer o el citado Fustel de Coulanges. Pero no por ello sus trabajos dejan de ser obras emblemáticas, y sus figuras dignas del respeto de la investigación actual, que avanzó hacia nuevos descubrimientos gracias a las puertas abiertas por ellos en el siglo XIX, abandonando ya totalmente el precientifismo

de siglos anteriores. Podemos decir, por tanto, aquello de que Lafcadio Hearn es hijo de su tiempo y, debido a ello, sus análisis descansan sobre los fundamentos aceptados entonces. Aunque debería añadir, si se me permite la expresión, que fue un hijo un tanto rebelde. Supo acercarse a mundos y a culturas que pocos estudiaban en aquellos tiempos, como la cultura negra de Nueva Orleans, y menos desde una perspectiva tan cercana como la que asumió él. Por otro lado, Lafcadio Hearn no priorizaba la objetividad en sus trabajos. Desde el título de la obra, nos advierte sobre el carácter personal de la misma, y en las primeras líneas de texto nos muestra su intención de ser un aporte más al largo camino de interpretar Japón. Y su aporte es el de los sentimientos y la cercanía. En relación a esa falta de visión crítica que sus detractores le achacan, se debe señalar que algunas de las líneas de su obra, sobre todo en los tramos finales, están dotadas de ese pesimismo del último periodo de su vida al que hacíamos referencia. El autor no es ajeno a los cambios que se producen, aunque sí es cierto que en ocasiones peca de exceso de pesimismo por la pérdida de algunos valores. En algunos casos, donde él ve extinción, sería más apropiado ver evolución. Respecto al análisis de las causas y consecuencias de los cambios citados, es un tema complejo sobre el que se han escrito muchos trabajos y sin duda seguirán escribiéndose. El debate entre los diferentes expertos es uno de los instrumentos básicos para el avance en la investigación de cualquier conocimiento, y en lo que se refiere a las culturas, su estudio nunca debe darse por concluido. Y para avanzar en este complejo y al mismo tiempo estimulante camino, invito al lector a que se acerque a Japón de la mano de este excelente autor, un hombre que vivió con pasión cada momento de su vida y que supo ver más allá de la superficie de una sociedad tan desconocida y distinta de las anteriores que había conocido. Su amor por esa tierra ha sido correspondido por su pueblo de adopción, que considera a Lafcadio